

SECCION BIBLIOGRAFICA

RECENSIONES

MANUEL FRAGA IRIBARNE: *Un objetivo nacional*. 2.^a edición. Editorial Dirosa. Barcelona, 1975; 260 págs.

La ejecutoria política, social e intelectual del profesor Fraga Iribarne es realmente impresionante. Se ha dicho de él, en expresión feliz, que es un animal político de pura sangre, de los que llegan al nivel de hombres de Estado. Nosotros pensamos, y no son ganas de exagerar las cosas, que si Dios le concede la fortaleza espiritual y física —que ahora detenta—, durante unos cuantos años, dejará de ser un mero animal político para convertirse en una institución. No es menester tratar de situar al lector del presente comentario, con más o menos profundidad, ante el impresionante *curriculum vitae* del extraordinario autor de las páginas del libro que analizamos. El distinguido profesor de la Universidad de Madrid rompe con todos los posibles clisés burocráticos o académicos. Nos atreveríamos a destacar como insuperables virtudes del excepcional político español las siguientes: *su férrea voluntad, su honestidad y su incommensurable amor a España*. Esgrimiendo cada una de las citadas cualidades humanas que forman y definen su firme personalidad, el autor de tantos y tantos libros, ensayos, artículos y conferencias —todos sus quehaceres, rodeados siempre de la máxima expectación—, se lanzó, hace años, al campo de la política. Puede perfectamente asegurarse, no obstante su amplio periplo ejecutivo en tan heterogéneas actividades políticas —secretario general del Consejo de Educación, secretario general técnico del Ministerio de Educación Nacional, secretario general del Instituto de Cultura Hispánica, director del Instituto de Estudios Políticos, ministro de Información y Turismo, embajador de España en Londres y actual ministro de la Gobernación—, que el paso del tiempo no ha originado ni la más pequeña mella en sus ilusiones —cualidad esencial que el político debe esforzarse en mantener siempre intacta— ni frenado su incansable actividad como intelectual. El profesor Fraga Iribarne es, por encima de todo, un político en el sentido más preclaro y noble

que cabe otorgar a dicha palabra. Un hombre que se ha sentido embelesado por el arpegio del canto de las sirenas (de la *res pública*) y que, plenamente consciente —porque España le necesitaba—, ha dejado la paz burguesa de su laboratorio, la comodidad y el regalo, y se ha lanzado, un poco como Don Quijote, a deshacer entuertos y agravios. El profesor Fraga Iribarne, ciertamente, siempre ha sido fiel a sus compromisos y extremadamente leal con sus propias convicciones. Diríase que ha tratado, por todos los medios a su alcance, de hacer realidad aquellas palabras que, con un tono agrídulce, la inolvidable figura de José Antonio dedicó al más alto pensador que España ha producido en lo que va de siglo: el maestro Ortega y Gasset. En efecto, subrayó en solemne ocasión el Fundador de Falange Española, «un hombre educado en la busca de los valores intemporales —es decir, un intelectual— puede cualquier día sentirse llamado por la política. En ocasiones no es siquiera moral resistirse al llamamiento. Hay coyunturas de conmoción del mundo, o de la Patria, en que puede resultar monstruoso permanecer bajo la lámpara de la propia celda. Pero si se acude al llamamiento de la política no se puede acudir a medias. Así como con la ciencia no se puede *flirtear* —don José lo ha dicho—, con la política tampoco. Y no basta con llevar decisión más profunda que la de un simple *flirt*, hay que percatarse de que el paso de la ciencia a la política implica una tragedia; es decir, la asunción de un nuevo destino y la ruptura con el anterior. Al echar sobre sí una misión política, el intelectual renuncia a la más cara de sus libertades: la de revisar constantemente sus propias conclusiones; la de conferir a sus conclusiones la condición de provisionales. El método filosófico arranca de la duda: mientras se opera en el campo de la especulación hay, no ya el derecho, sino el deber de dudar y de enseñar a los otros a que duden metódicamente. Pero en política, no; toda gran política se apoya en el alumbramiento de una gran fe...» Las páginas del libro que nos animan a la redacción del presente comentario son, efectivamente, el fruto directo de los mismos o parecidos propósitos enunciados por José Antonio, a saber: llevar al corazón de cada uno de los españoles de la época que, en suerte o en desgracia, nos ha tocado vivir, la certeza absoluta de lo que, cuanto antes, es preciso hacer sin titubeo alguno.

La tarea a realizar no es fácil, pocas cosas son fáciles en nuestro tiempo, y, consecuentemente, es preciso estar perfectamente advertido de los invisibles peligros que nos acechan. El profesor Fraga Iribarne, por lo tanto, se ve compelido, desde el umbral mismo de su obra, a subrayar —a modo de clara y rigurosa advertencia— que, en efecto, *después de años en los que todo parecía claro y resuelto resurgen los grandes interrogantes de la vida política: qué somos como sociedad, qué pesamos en el mundo actual, cómo podemos*

mantener la paz, qué caminos nos llevan a fases posteriores de crecimiento económico y desarrollo político o a otros destinos.

Para contestar a cada una de esas dramáticas interrogantes se ha escrito, precisamente, el libro que comentamos. Un libro redactado —nos confiesa el autor— manejando la pluma y la espada. Un libro que anhela, por encima de cualesquiera gloria, ser radicalmente realista en el tratamiento de los aspectos agradables y desagradables de las cosas de la vida nacional. Un libro, en definitiva —como todos los que hasta la fecha nos ha ofrecido el eminente profesor de la Universidad de Madrid—, profundamente sincero. Justamente, especifica el autor, y sus palabras parecen llevar implícitas el rigor de la advertencia, «convencido por ideas y por experiencia de que nada se consigue gratuitamente, y de la estupidez de la política del avestruz, de meter la cabeza debajo del ala, tampoco puedo aceptar las visiones catastróficas o las interpretaciones baratas de un destino histórico inevitable, cuando en realidad son muchas las opciones posibles, poniendo en ellas el esfuerzo adecuado.

»Frente a los extremistas del orden a ultranza, que suele terminar en inmovilismo, y frente a los extremistas de la ruptura revolucionaria, creo en la posibilidad de una sociedad equilibrada, en torno a los valores eternos de la justicia, a las técnicas civilizadas del Derecho y basada en las realidades sociales y culturales de una sociedad con predominio de las clases medias.»

Naturalmente, parece ocioso el indicarlo, que la empresa que aguarda a los políticos españoles, cara al inmediato futuro —un futuro que ya es presente—, es extremadamente delicada, dificultosa y problemática. Se trata, además, como con docta palabra y absoluta clarividencia puntualiza el autor de estas páginas de una misión irrenunciable: «Entiendo que el consolidar, perfeccionar e institucionalizar esa sociedad, en un Estado social de Derecho, que garantice la seguridad, la paz, el desarrollo y la justicia, es un objetivo nacional del que no podemos desertar.»

Dada la riqueza temática, la heterogeneidad de los conceptos y las incuestionables perspectivas que es posible detectar en el curso doctrinal de las páginas de la obra que tenemos en nuestras manos, parece correcto el señalar, para no sorprender la buena fe del futuro lector de las mismas ni, por supuesto, entorpecer o limitar la función esencial del libro del profesor Fraga Iribarne —presentar a la consideración de la clase política española, del estudioso o del hombre de la calle un adecuado programa de reformas sociales e institucionales—, que nuestro comentario es, lógicamente, radicalmente superficial, periférico y meramente esquemático. Las fronteras del espacio editorial disponible y el insalvable escollo que implica la economía del tiempo, con el que inevitablemente lucha el estudioso de la hora presente, nos aconsejan sacrificar la profundidad en aras de la sencillez y multiplicidad de con-

ceptos. Dicho de manera muchísimo más clara: nuestro comentario, pese a sus anhelos de generosidad, constituye un pálido reflejo del auténtico contenido real de la obra analizada.

La primera nota de carácter auténticamente sorprendente que nos es dado advertir en el magistral curso del desarrollo doctrinal de las páginas del libro que tenemos bien a la vista, consiste, efectivamente, en la delicada precisión y prudencia con la que el autor maneja la expresión democracia. Una expresión, como es bien sabido, bastante manoseada, desgastada y opaca por la constante manipulación que sobre la misma, en los últimos tiempos, se ha ejercido. La democracia, para el profesor Fraga Iribarne, no es algo que adviene a la vida política de un determinado pueblo de manera espontánea, como surgen ciertos hongos, ni, por supuesto, tampoco es algo que cabe imponer por el simple deseo. La democracia exige el montaje de una complejísima maquinaria socio-política y socio-económica profundamente rigurosa. Una vez en marcha esa maquinaria, nunca antes, cabe hablar de existencia de la democracia. Consecuentemente, muy pocos de los pueblos que se declaran demócratas, sin haber instalado y puesto en marcha dicha maquinaria —sustanciales reformas en todos los estamentos e instituciones sociales, políticas y económicas—, lo son de verdad.

No le falta razón al doctor Higinio París Eguilaz cuando recientemente, en las páginas de un libro de corte muy similar al que comentamos (*España contemporánea: un programa de reformas*), afirmaba lo siguiente: «En la época actual la democracia por ser una idea-fuerza que se refleja en un ansia por lograr una mayor justicia en las relaciones entre las personas, entre los grupos y entre las naciones, todos los individuos y todos los Gobiernos de todos los países se declaran demócratas y todos los sistemas se consideran democráticos, pero las instituciones que han de realizar la idea democrática no sólo son diferentes, sino opuestas. Para las llamadas democracias occidentales la defensa de las libertades fundamentales exige que el sistema político sea pluripartidista, admitiendo, por tanto, los partidos políticos y los Sindicatos múltiples; en cambio, las democracias que se denominan populares, de otros países del centro y este de Europa, entienden que la democracia exige el sistema de partido y Sindicato único, y en unas y otras sus Constituciones enumeran los derechos individuales, políticos y sociales. Si en los dos sistemas citados se cumplieran los supuestos que indica Maritain, según los cuales la democracia tiene una raíz religiosa, evangélica, y se ha de fundar en las virtudes morales y en la recta razón, lo mismo uno que otro sistema realizarían el ideal de la organización política.

»Pero si observamos lo que ocurre en realidad, comprobamos que las democracias occidentales han realizado las mayores atrocidades colonialistas

y las democracias de los países orientales violan en forma permanente los derechos individuales básicos como es el de emigrar del país las personas que lo deseen e incluso realizar una política imperialista ocupando por la fuerza países vecinos. Todo ello demuestra que la idea democrática es universal, pero equívoca, subjetiva y confusionista, y que el hecho de que un sistema se denomine democrático no significa en manera alguna que la realidad se adapte a la denominación.»

Centrándonos en la temática que justifica la presencia editorial de las páginas que nos ofrece el profesor Fraga Iribarne, es harto evidente que, desde ahora en adelante, los pueblos van a encontrar mayores y más serias dificultades en todas las áreas que caracterizan a un pueblo. Se ha abierto una etapa en la que será imprescindible, para vivir con dignidad y orgullo, redoblar la atención en cualesquiera faceta: la vida internacional, las bases económicas, las estructuras sociales, la cultura y la política. Para el destacado profesor de la Universidad de Madrid el hombre está vocado a liberalizarse por y en la cultura. Sin embargo, puntualiza, «en ningún terreno es más difícil moverse con un mínimo de seguridad, ni resulta más decepcionante el ejercicio de la previsión. No obstante, parece claro que en el actual estadio de las comunicaciones sociales será cada vez más improbable que haya culturas aisladas a lo largo y a lo ancho del mundo, y que, quizá por primera vez en la Historia, los hombres vivirán en un medio cultural que, de un país a otro, tendrá elementos comunes (venidos de todas partes), mientras que en el seno de una misma sociedad el pluralismo de las "subculturas" será cada vez mayor. El número de posibilidades para actuar creativamente en cultura será progresivamente creciente, pero también será mayor el grado de discrepancia respecto de cualquier tipo de dogmática o de tradición.

»Las posibilidades creadoras y las frustradoras serán, pues, muy grandes. Una gran Babilonia es el mundo hacia el que vamos. Más que nunca se buscarán las utopías de pequeñas Ciudades del Sol, perfectamente ordenadas culturalmente; pero su realización no parece probable en los años próximos. Las reacciones serán inevitables, pero impotentes. En cambio, los intentos auténticos de vida espiritual están ya demostrando nuevas posibilidades y fecundidad, pero aceptando la atmósfera de libertad.»

Parece conveniente no olvidar que las naciones todas del mundo necesitan urgentemente proceder a la oportuna reforma de todas sus estructuras y, por lo tanto, integrarse en la sutil rueda reformadora. De aquí procede, en gran parte, la inseguridad con la que no pocos países caminan hacia un oscuro futuro. Justamente, subraya el profesor Fraga Iribarne, «cuando las sociedades se niegan a reflejar sus cambios vitales y a enfrentarse con los nuevos problemas, se acumulan los descontentos y las acciones irracionales. Como los

·palestinos, dispuestos a no dejar vivir tranquilo a un mundo que quiere olvidarlos, aparecen por todas partes diferentes tipos de "rebeldes primitivos", y también de personas y grupos que aspiran a la "revolución cultural", a algo que rompa el ciclo *tecnología-crecimiento económico-consumo-burocratización*, algo que suponga "revolución contra la Historia" contemporánea.

»Como observa Meadows, "la nota esencial de la modernidad es una convicción existencial de que el hombre puede escoger y realizar su propio futuro".

»Las primeras revoluciones, como la francesa y cuantas la acompañaron, se enfrentaron con una tradición fuerte, con un orden tan viejo que parecía natural. Todavía cuando escribe Maurras, la República democrática era una anomalía en Europa. Pero hoy la vieja tradición está rota, la nueva sociedad está ahí, y, sin embargo, la capacidad creadora del orden nuevo y del equilibrio renovado es mínima. Se hacen muchas cosas, pero con desorden; se aumenta la producción industrial, pero contaminando la naturaleza; se refuerzan los controles sociales, pero sin un acuerdo previo sobre los fines.

»No es por ello de extrañar la desazón y el extrañamiento de las juventudes actuales. Se dirá que no contemplamos más que nuestra propia vivencia de los problemas externos de la juventud. Se aludirá al testimonio de Sócrates: "Nuestra juventud ama el lujo, tiene malos modales, desprecia las autoridades y no tiene respeto a los viejos", decía en la Atenas clásica. O al de San Agustín, en el mundo postromano: "La indisciplina de los estudiantes es fuente de excesos vergonzosos", añadiendo que "con una furiosa desvergüenza también el orden establecido por sus maestros para el desarrollo de los alumnos". Pero todos tenemos conciencia de que la crisis generacional (unida a la familiar) es mayor que nunca, y responde, en buena parte, a los problemas básicos indicados.

»Hoy, en medio de un mayor deseo de seguridad, *el desorden es universal*, como dice G. Prezzolini en su reciente *Manifiesto de los conservadores*. Lo que era típico de ciertos países, en el que el individuo propende a ser anárquico y el Estado tiránico, es hoy un fenómeno general. Frente a él encontramos las clásicas actitudes, de los que optan, en medio de la crisis, por mirar el pasado, por valorar las virtudes de lo viejo, por un inmovilismo más o menos reaccionario, y también las de aquellos que no ven más solución que la revolución pura y simple; es decir, para lograr un cambio fundamental en los modos de la vida (la grande y la cotidiana), liquidar las actuales instituciones y las clases dirigentes, produciendo un nuevo control del poder económico y de la autoridad política. Ambas posiciones conducen a la violencia, al choque y al *impasse* característico que impide las *reformas*, por la desconfianza de los unos y el maximalismo de los otros».

Es importante, cosa que está fuera de dudas, el cuidar el ámbito cultural. Pero con eso, subraya el profesor Fraga Iribarne, únicamente queda solucionado un determinado campo del quehacer humano. Tan importante como lo cultural, en los momentos presentes, es lo económico: «La economía ha tomado, en las sociedades modernas, un volumen no sólo absoluto, sino relativo, en el sentido de que ha desplazado o relegado a otros muchos sectores de la vida. Como consecuencia de ella, es más importante que nunca el que las instituciones económico-sociales sean las más adecuadas.

»La Economía, en definitiva, no es sino un punto de vista para describir la sociedad. En la vida social, los hombres se reparten muchas cosas: gran parte de la vida social y política consiste en saber "quién obtiene qué, cuándo y cómo". Muchas de estas cosas no pueden reducirse a valores económicos; lo que un hombre disfruta con una puesta de sol, con un poema o con una flor, no tiene medida económica; pero la posibilidad de desplazarse a Japón a ver al sol naciente, o el tiempo necesario para dedicarse al arte, o a las flores que uno puede tener en su jardín o invernadero eso sí ya tiene medida económica.

»Pero la Economía no anda nunca sola. A pesar de la vestimenta matemática, la Economía no es sólo económica. Si no hubiera propiedad, ni un modo de hacer obligatorios los contratos, ni unas cárceles para el estafador, y otras muchas cosas, no habría vida económica. La moneda, la navegación, la explotación minera, etc., son problemas políticos, que no pueden medirse sólo en función de un beneficio económico. ¿Qué extensión daremos al mar territorial? ¿Permitiremos la polución del aire o de las playas? ¿Fabricaremos cañones o mantequilla? La Economía es siempre Economía política».

El gran problema de hoy —desde la perspectiva esencialmente económica—, nos indica el profesor Fraga Iribarne, es, una vez más, no el de seguir creciendo, sin más; sino para lograr una sociedad digna de que *nos comprometamos con ella*; en la que el desarrollo tecnológico y económico sean el medio, y no el fin, para una vida más humana y más digna. Por eso hoy queremos ser capaces de medir y estimar no sólo el «producto nacional bruto», sino el «bienestar nacional neto», y la búsqueda de un sistema de «indicadores sociales» adecuados, es uno de los problemas de mayor actualidad en las ciencias sociales. No basta tener más dinero; hay que saber gastarlo, porque con dinero se puede comer mal, o tomar medicinas inadecuadas, o drogas de todas clases.

El supuesto de que el producto nacional bruto es un buen termómetro del desarrollo social, tiende a ser desmentido por los hechos, y en los países más ricos empieza a plantearse el tema del límite del crecimiento, para no des-

truir la naturaleza y la vida misma. Los problemas de la vida real parecen requerir imaginación, corazón, brío, y no solamente estadísticas.

Encarándose con el problema que nos depara el establecimiento y perfeccionamiento de las estructuras para obtener un adecuado desarrollo político, el profesor Fraga Iribarne, ciertamente, adopta una posición dogmática, rigurosa e inflexible, a saber: *el desarrollo político ha de tener una orientación democrática*. ¿Qué quiere decir esto...? Que se acepta, subraya el eminente pensador, que el Gobierno no puede actuar en beneficio de personas o de grupos; que los Gobiernos deben proteger y promocionar a la sociedad en general, sin discriminación; que la persona humana, por encima de sus flaquezas merece un respeto moral (y aun religioso), y que sus aspiraciones individuales deben ser toleradas, e incluso protegidas, mientras no atente contra la seguridad general; que unos ciudadanos deben ser protegidos contra la agresión e intolerancia de otros; que el poder debe ser fuerte, pero a la vez limitado, para impedir su abuso, garantizándose los derechos de la persona, el control de la Administración y la seguridad jurídica; en fin, que debe haber una participación ciudadana amplia, que permita la formación de mayorías, a la vez que unas garantías eficaces a las minorías.

Ante las reflexiones del distinguido maestro cabe, naturalmente, la formulación de la grave y comprometida interrogante: ¿Cómo conseguir una auténtica participación ciudadana? He aquí, en brevísima síntesis, el programa a realizar: Lo primero es, de conformidad con el pensamiento del profesor Fraga Iribarne, crear una base cultural, el consenso que permita un mayor despliegue de las acciones colectivas. La educación debe, por supuesto, intentarlo desde la infancia, pero hace falta una decisión nacional, servida diariamente por los más altos ejemplos de que se busca una básica unidad compatible con una dialéctica de opciones. No se trata, en efecto, de una unidad de los buenos contra los malos, sino de una comunidad básica de todos que permita luego presentar soluciones diferentes a los mil problemas de la vida social que no la tienen previa, sino a descubrir y a experimentar.

Hay que acabar de una vez con las dos Españas que de hecho subsisten y se renuevan en cada generación, empeñadas en desconocerse y en oprimirse la una a la otra. El problema lo han tenido otros países europeos; también Inglaterra tuvo en su seno dos naciones, tras la revolución industrial, y Francia aún no ha superado del todo el trauma de 1789. No puede haber estabilidad, ni verdadera legitimidad, mientras las sociedades no encuentren un mínimo común denominador que haga que los comunes divisores no lleguen a ser máximos.

Es claro que la iniciativa para ello ha de partir precisamente del poder establecido, y le será tanto más fácil asumirla sin riesgo cuanto más fuerte

y antiguo, cuanto más reconocido dentro y fuera, cuanto más haya logrado éxitos notorios en su administración. Circunstancias todas que, muy afortunadamente, se dan en la España de los años setenta.

En segundo lugar, en orden a una mayor contribución o participación ciudadana en la cosa pública, sigue siendo necesario el evitar que el desinterés anide en el corazón de los ciudadanos. En efecto, España conoce una gran época de esplendor, no obstante algunos matices que podrían interpretarse como signo contrario, por el hecho referido: «Los españoles —manifiesta el profesor Fraga Iribarne— han recuperado el sentido del interés nacional, roto entre banderías estériles; saben que puede servirse con una dedicación de todos. Han aprendido el valor del trabajo, del ahorro, de la vida ordenada. Saben también que todo ello es posible con una sólida paz civil y con un orden garantizado».

Naturalmente que cara a su inmediato futuro, he aquí otra seria advertencia del autor de las páginas que comentamos, el recorrido hacia una España moderna, integrada, libre, pasa por un recorrido que tiene sus precipicios, su dragones y sus demás enemigos, dignos de una leyenda medieval. Algunos son más serios de lo que parecen; otros, quizá imponen más de lo que en realidad son; todos juntos son formidables. Digamos, pues, en primer lugar, que hay que acometerlos todos, sin perdonar uno, para liberar a la dama del castillo encantado; pero que será más razonable acometerlos uno a uno que meterlos todos en un saco, agitarlos y soltarlos a la plaza de una vez.

Aquí es donde la expresión «reforma», o más bien, «reformas», cobra todo su valor. La contrapongo a «inmovilismo», que no necesita definición; pero también a un «revolucionismo» que algunos entienden como pretexto para aplazar las reformas inaplazables. Y la contrapongo también, por supuesto, a cualquier idea de período constituyente global, empezando a cero, desde un solar; o de ruptura (con los adjetivos que se quieran) con el orden existente.

Las reformas consisten en enfrentarse, decidida pero sucesivamente, con la media docena de grandes cuestiones que todo país tiene planteadas en un momento de transición. Veo, subraya el profesor Fraga Iribarne, cada una de esas reformas como otras tantas esclusas que permitan un cambio de nivel de las aguas vivas de nuestra historia inmediata, evitando la riada destructora.

Pienso, insiste el autor, en que no sería difícil aceptar la lista de esos grandes temas. Para mí, son los siguientes: *reforma religiosa, reforma militar, reforma de las autonomías, reforma económico-social, reforma educativa y vocacional, reforma política...*

De todas maneras, considera el autor del libro que comentamos, es preciso efectuar una llamada al optimismo. El pesimismo, en cierto modo, va

destruyendo al hombre. Es harto evidente, y bien sabido es, que «no hay tierra prometida. Pero la conclusión no es necesariamente pesimista. La vida de los hombres sobre la tierra es lucha; pero la victoria es posible. Vivimos en un tiempo pesimista. En medio de sus triunfos, la civilización es consciente de sus riesgos; sabe que las fuerzas que ha desatado pueden desbordarla, como el aprendiz de brujo.

»El pesimismo tiene, sobre todo, raíces más profundas. Hay un pesimismo cósmico, nacido en gran parte de que hemos perdido gran parte de nuestras motivaciones religiosas. Hay un pesimismo existencial, porque al sentirnos arrojados en un mundo sin trascendencia espiritual, nos agobia la idea de la muerte. Hay un pesimismo antropológico, porque al bucear la psicología contemporánea en los niveles profundos de nuestro espíritu, nos ha mostrado unos socavones que muchos hubieran preferido ignorar. Hay un pesimismo demográfico y ecológico, porque hemos tomado conciencia de que el mundo está superpoblado, y de que grandes sectores de la vida natural están en peligro. Hay un pesimismo económico, porque, a pesar de los grandes avances de la técnica, los recursos básicos siguen siendo escasos, y se resisten a un reparto razonable. Hay, en fin, un pesimismo sociológico y político, porque sobre las bases anteriores no es tarea fácil organizar un orden estable y una justicia abundante.

»De estas consideraciones realistas algunos deducen conclusiones prácticas de corte derechista: puesto que no hay soluciones perfectas, defendamos lo que tenemos (lo cual se aplica, claro es, de un modo especial a los que tienen más) y no dejemos paso a las aventuras. Otros, en el extremo contrario, optan por la rebelión irracional, por la destrucción de todo lo establecido, por la utopía revolucionaria; que hoy más que nunca se conecta con una visión catastrófica del conjunto de la moral y de las normas de vida personal y familiar.

»De ambas conclusiones pesimistas (la ultra conservadora y la neoizquierdista) se separa un sano optimismo, que me gustaría basar, para alivio de una juventud menos feliz de como uno quisiera verla, en el testimonio vital de un hombre que ya ha rebasado la cincuentena.

»Hace muchos años leí en un autor francés de Ciencia política y Derecho público, que me sigue pareciendo un gran maestro, Mauricio Hauriou, una frase que me impresionó: "El mal es más abundante, pero el bien es más coherente". En una vida llena de experiencias, pruebas y tentaciones de todas clases, la he visto confirmada».

Consecuentemente, de conformidad con el criterio del eminente profesor de la Universidad de Madrid, somos un país lleno de pujanza vital y juvenil; que aún está en situación de liberar nuevas e importantes fuerzas creadoras;

no un país viejo, lleno de experiencia tal vez, pero en fase de crecimiento cero. Somos un país que no tiene ningún problema insoluble, aunque tiene bastantes de solución difícil. Somos un país que impresiona a los demás, por su alegría de vivir, por su capacidad y ansia de vida. Hagamos el amor y no la guerra; Eros venza a Thanatos, porque si en la vida del hombre la muerte gana siempre al final, los pueblos tienen capacidad histórica de supervivencia y de resurrección.

Claro está que las consideraciones que anteceden no deben interpretarse con un mero sentido restrictivo, sino, por el contrario, en el más amplio sentido de la expresión: es preciso crear, por encima de cualesquiera interés particular un *Estado fuerte*. Y las razones que justifican esta perentoria necesidad apenas si es preciso comentarlas... «Estado fuerte, escribe el profesor Fraga Iribarne, porque vivimos en un mundo de hombres, y no de ángeles. Arriba y abajo de la sociedad, dentro y fuera de la nación, hay fuerzas que trabajan en contra del orden, de la paz y de la ley, y, en definitiva, de la justicia. Estado legítimo, porque sin esa legitimidad —nacida de una verdadera representación de la sociedad— el Estado no es una fuerza al servicio del bien común, sino opresión de unos grupos sobre los demás.

Para que un Estado sea legítimo ha de ser representativo del conjunto de la sociedad. Esta afirmación entraña cuestiones más densas y fecundas de lo que parece a primera vista. Primero, ha de haber ecuación entre el sistema social y el político; no puede el mismo traje que cubre a una sociedad agraria y analfabeta, servir para otra urbana e industrial, y así sucesivamente. Segundo, ha de existir comunicación entre los sistemas económico y social, y el político; no basta modernizar, hay que explicar; no basta resolver, hay que convencer.»

Efectivamente, especifica el autor en otro lugar de su obra, el cambio es una cosa muy seria, y todos debemos comprender las posiciones diversas respecto del mismo. En tiempos como el nuestro, de cambios tan rápidos y aun violentos, nada se logra con la mutua incomprensión. El hombre tiene la peor de sus aberraciones en su ignorancia del futuro; y es normal que la mayoría lo tema. El individuo sólo sabe seguro que va a envejecer, y a morir; las sociedades sólo tienen por cierto que son históricas, y que la paz y la seguridad son un logro difícil de cada día.

Ahora bien: lo que no tiene duda es que el cambio masivo está ahí, y hay que enfrentarse con él. Los ingleses han tenido que superar su repugnancia de siglos, y aceptar la unión europea, con los países del continente. Los rusos han tenido que variar sus relojes, en una milésima de segundo, para que sus astronautas tuvieran la posibilidad de encontrarse en el espacio con los americanos. Y nosotros tenemos que plantearnos unas cuantas cuestio-

nes importantes si no queremos que, ante los problemas aplazados o no resueltos, continúen los enfrentamientos intelectuales, los conflictos sociales y los planteamientos violentos.

España, tras una Edad Media de larga lucha por la reconquista del país, y para restablecer su perdida unidad, se derramó, en la Edad Moderna, en un sueño imperial, del que regresa, empobrecida y humillada, a su propio ser, el de un Estado nacional europeo, al comienzo de la Edad Contemporánea. Era natural que se planteasen varias importantes polémicas sobre el sentido de su dramática historia. Los empeñados en mantener (mirando al pasado, y sólo a algunos de sus aspectos) un ideal imperial y una ilusión de grandeza sin nuevos esfuerzos de adaptación a la realidad, es obvio que sólo han podido mantener una equívoca retórica, y desmoralizar a los que intentaban Empresas a nuestro verdadero alcance. Aún han hecho otro daño mayor, el de pretender que hay algo así como un modo de ser eterno e inmutable de España, y quieren hacer pasar por el aro de su estrecho dogmatismo y su ridícula gazmoñería a las nuevas generaciones.

Ahora bien, especifica igualmente el insigne profesor, no se piense ni por un solo momento que una reforma política, social o económica se consigue con un mero cambio de personas. Toda reforma es, reconozcámoslo, algo difícil. No debe haber engaño en ello: reforma es más difícil que romper y volver a empezar. Porque la reforma supone actitudes de relativa madurez en unos y en otros. Los grupos establecidos, los sectores que ya se encuentran bien situados en la organización existente, han de preferir doblar a romper, en lugar de mostrarse intransigentes hasta el final; han de estar en la voluntad de pactar, cediendo en unas cosas para conservar otras; han de ser capaces de anticiparse, con hechos, a esos puntos históricos, en que salta todo, y más allá de los cuales no hay posible retorno. La Historia, que es un gran cementerio de aristocracias, patriciados y burguesías que no supieron entender esto, nos presenta casos bien próximos y recientes para que sean menester ejemplos.

Está consecuentemente claro que, en los próximos años, habrá que acometer, con renovador ímpetu, un programa de reformas sociales. Están, en verdad, en la mente de todos. Yo las veo —subraya el profesor Fraga Iribarne—, ante todo, como el restablecimiento de los equilibrios profundos, en una sociedad que ha pasado por cambios tan rápidos. Hay que reequilibrar la distribución de oportunidades, de contribuciones al acervo común, de incentivos, de medios de acción.

Hay que reequilibrar, por ejemplo, las tres formas de propiedad tradicionales en España, la individual, la comunal y la pública (indudablemente desequilibrados en favor de la primera, a lo largo de los siglos XIX y XX). Hay que reequilibrar las relaciones entre el campo y la ciudad; entre las empre-

sas grandes y pequeñas; entre las empresas financieras y las que dependen de ellas.

Hay, sobre todo, que reequilibrar el sector de las relaciones laborales. Ello quiere decir, naturalmente, reforzar la personalidad e independencia de las organizaciones sindicales, lo que permitirá también aumentar su responsabilidad. Ello quiere decir una tendencia progresiva a la participación del trabajador en la empresa, a todos los niveles. Si uno pasa la mayor parte de su vida en un puesto de trabajo, uno no puede ser un elemento externo a la empresa, es uno parte de ella, con todas las consecuencias. Por supuesto que también las de lealtad y productividad; pero también las de participación. Un camino progresivo lleva en todas partes hacia la cogestión y hacia la democracia industrial. Nosotros tenemos que recorrerlo, sin imprudencias, pero también sin miedo.

En rigor, entiende el profesor Fraga Iribarne, es preciso salvar la calidad y el estilo de la vida social. En los últimos años, como suele ocurrir en las épocas de transición, las viejas maneras y estilos han desaparecido, y no han surgido aún las nuevas, como se aprecia en las formas artísticas y en la moda. Una sociedad no puede vivir sin normas de cortesía y de elegancia, sin modos de tratar, negociar y cortejar correctos, que se diferencien de la barbarie. Con suma prudencia, y sin mirar hacia atrás, y por el único camino viable, que es la conducta ejemplar de las personas que las demás gentes observan y tienden a imitar, hay que empezar este difícil camino, una vez más; porque el tejido social es como la tela de Penélope, pero no se puede parar de tejer...

En las páginas finales del libro, posiblemente las más sugestivas de toda la obra, el profesor Fraga Iribarne realiza una penetrante reflexión sobre el significado y la trascendencia que implica la nueva Monarquía española. Trascendencia radicalmente justificada, y no sólo por cuanto de impacto popular su instauración al cabo de los años pueda suscitar, sino, precisamente, por el hecho de que la Monarquía es, ante todo —si aceptamos la tesis del profesor Fraga Iribarne—, más una forma de Estado que una forma de Gobierno. En Europa, la forma de Estado monárquica ha sido plenamente compatible con diversas versiones del Gobierno representativo y democrático; ha quitado tensiones, frecuentes en América, de las que se libran mal los regímenes presidencialistas; ha enlazado muy bien con las tradiciones militares; ha permitido una flexible interpretación de las particularidades regionales. Ha proporcionado un buen símbolo de la unidad nacional, y facilitado las sucesiones, haciéndolas coincidir con el cambio generacional. Da muy bien la dimensión básica de las dos coordenadas de un Gobierno legítimo: seguridad en la justicia y cambio en la esperanza.

La Monarquía es, además, un auténtico motor de justicia social y de re-

formas siempre vivas. La Monarquía prevaleció sobre los poderes feudales, en la Edad Media, porque el pueblo vio en ella el escudo contra los abusos. Testigo nuestro teatro clásico: en «Fuenteovejuna», el pueblo sublevado contra los abusos del comendador de una Orden Militar, ofrece al Rey hacer al pueblo de realengo, como señor natural; en «El mejor alcalde, el Rey», le pide que vaya a hacer directamente justicia criminal a la remota Galicia, y Don Fernando el Católico hubo de dictar la famosa sentencia arbitral que puso fin, en Cataluña, a los abusos de los señores catalanes contra los payeses de remensa. Una Monarquía popular es tan posible hoy como ayer, si con hechos se propone.

En definitiva, la Monarquía, a juicio del profesor Fraga Iribarne, es algo tan abierto y lleno de posibilidades, porque en realidad no se restaura, sino que ha de renacer, es decir, de cobrar nueva vida. En el acierto de los primeros titulares de la Corona, y en el aliento popular que sin duda ha de recibir, residen enormes posibilidades de que se convierta en polo de atracción de grandes esperanzas y fuertes lealtades.

A una España llena de energías y de impulsos, le va a venir muy bien un Rey joven que se ha criado en ella y con ella. Un Rey valiente, lo que va a hacer mucha falta. Un Rey sin compromisos previos con personas ni con grupos. Un Rey que sabe que se va a jugar su destino personal y el de su casa, frente a un país que sabe también que será decisivo su éxito para el bien de todos.

Estamos, pues, en presencia de uno de los libros más singulares de cuantos hasta el momento nos ha ofrecido el distinguido catedrático de la Universidad de Madrid. Un libro en el que, valientemente, se exponen tesis, conceptos e ideas dotadas de un innegable poder de sugestión. Creemos, en rigor, que la realidad española queda perfectamente reflejada en estas páginas. Un hombre de extraordinarias cualidades las ha trazado con indisimulable entusiasmo. Si algunas de esas tesis, por el azar o la malaventura, no llegasen a cristalizar no podríamos culpar al autor. No es un libro escrito precipitadamente, por afán de notoriedad o exhibicionismo. Es un libro pensado, elaborado y cuidado en sus mil aspectos doctrinales. Por eso, si llegase a fracasar el autor —cosa muy poco probable—, tendríamos que consolarnos releyendo a fondo, y con absoluta entereza, aquellas deliciosas palabras de José Antonio, el capitán tempranamente arrebatado de la tierra por la muerte, en las que sutil y nostálgicamente afirmaba que *nada de lo que es auténtico se pierde*: «Cuando un "egregio espíritu" se entrega por entero, hasta agotarse en frustración generosa, nunca se dilapida el sacrificio. Los que vienen detrás tienen ya ganado incluso el aprendizaje de los errores. La crítica precursora ha desbrozado mucho. Otros brazos, con golpes más simples y más fuertes, seguirán la tarea.

Al final —acaso en un final no previsto, en los instantes de la crítica precursora—, los que lleguen tendrán un recuerdo de gratitud para los que si no vieron del todo la verdad o no tuvieron fuerzas para entronizarla, al menos deshicieron a cuchilladas muchos espantapájaros armados con mentiras.» En este maravilloso y casi evangélico quehacer, como ya hemos insinuado en líneas anteriores y como hasta la saciedad se nos demuestra en el contexto de las páginas del libro objeto de nuestro comentario, anda ocupado el distinguido profesor de la Universidad de Madrid. He aquí, pues, un libro de enorme interés para el político, el economista, el jurista, el sociólogo y el hombre de la calle —pues con claridad evangélica transmite su mensaje el autor.

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA

ELISEO VIVAS: *Contra Marcuse*. Paidós. Mundo Moderno. Buenos Aires, 1973; 263 páginas.

Herbert Marcuse es, sin duda, uno de los autores contemporáneos más discutidos en nuestros días. La polémica en su torno va desde la admisión incondicional (a veces por quienes no le han leído ni comprendido) hasta el repudio sistemático que nada encuentra en él aprovechable. Marxista confesado, es despreciado por el comunismo ruso que no permite en la URSS sus obras. Hegeliano y Freudiano es criticado de ser poco fiel a sus fuentes declaradas. Viviendo, al parecer, muy a gusto y disfrutando del «bienestar» de la sociedad de consumo capitalista, ésta es despreciada y vilipendiada en sus escritos. Todo esto ha dado lugar a que contantemente se esté escribiendo sobre Marcuse.

En el libro que presentamos el título es elocuentemente significativo. *Contra Marcuse* es «un estudio polémico dirigido contra la salvaje acusación que hace Marcuse a nuestra sociedad». Con el mismo título original en inglés fue publicado en Nueva York hace dos años. Vivas acusa a Marcuse por su pensamiento cargado de odio y de incitación a la destrucción y a la violencia indiscriminadas. Marcuse es, según Vivas, uno de los grandes demoleedores de nuestra sociedad. Muchas de sus críticas son infundadas y no revelan un verdadero interés de reparar los defectos de nuestra sociedad, y sus criterios son abstractos y desprovistos de perspectiva histórica. Los ideales de Marcuse no derivan de la razón; son el resultado de sus propias frustraciones personales que movilizan el rencor de Marcuse existente en su ideología.

La crítica que se hace en este libro es contundente. Fuerte en la forma —exagerada a veces, a nuestro juicio—, pero no es ligera o producto de antipatía subjetiva, sino comentario o interpretación sobre textos del propio Marcuse haciendo ver que éste es poco consecuente consigo mismo y con sus fuentes y desbaratando la falsedad de sus afirmaciones.

Entrevistadores y críticos «han pasado muchas veces por alto su brutalidad, tolerando sus exageraciones, su rencor, la crítica difamante que hace a nuestro indulgente mundo democrático; han suavizado su llamada a la destrucción de nuestra sociedad, a la acción directa, al fusilamiento, al asesinato y a la represión de todos aquellos que no ven el mundo con los ojos llenos de odio con que él los ve, sino revelado como lo que es, una crítica exorbitante de nuestros defectos». Eliseo Vivas no le ofrece en este libro «los beneficios que otros le han otorgado». Por el contrario, «no merece nuestra cortesía, nuestra caridad, nuestra tolerancia». Según Vivas, a quien «ha proclamado por escrito el principio de intolerancia hacia aquellos que no están de acuerdo con él, no hay ninguna razón para tratarlo de un modo distinto de aquel con que él trata a sus antagonistas».

Lo que Marcuse llama «pensamiento crítico» y en otras ocasiones «poder de pensamiento negativo» para atacar lo que él denomina «el infierno de nuestra sociedad opulenta», no es otra cosa —dice Vivas— sino un ataque radicalmente parcial, completamente selectivo, absolutamente inhumano, sin caridad, y su crítica radical de nuestro mundo tiene un apoyo sistemático y metódico, es un todo coherente. Por eso ahora Vivas en su crítica «trata de aplicar el método de Marcuse a su propia obra». Sin embargo, aunque usa su método, hay una diferencia: sus observaciones —dice— son críticas, «pero están documentadas». Y así es, ciertamente, porque lo que dice del ataque de Marcuse a nuestro mundo «se desprende de sus libros y ensayos». «No ha inventado acusaciones y calumnias para atribuírselas.» «No quiso inventar nada, pero aunque hubiera querido hacerlo no habría sido necesario, ya que el ataque de Marcuse es tan extremo y ficticio que en sus páginas sobran pruebas de su irresponsabilidad intelectual y de su espíritu envenenado.»

Pero bien entendido —y así lo advierte el autor— que en este libro no hace más que afirmar que algunas de las críticas de Marcuse son infundadas, pero no por ello es su intención decir que nuestra sociedad es el cielo en la tierra. Por el contrario, «sería injurioso para nosotros si no reconociéramos que todos los defectos que nos imputa son imaginarios. Algunos de ellos son verdaderos... pero todos nuestros defectos, los que inventa y los que descubre y exagera son expresados en un tono que proclama la infalibilidad del escritor.» Muy pocas veces —se las podría contar con los dedos de la mano— Marcuse tiene palabras favorables para la sociedad occidental o los Estados Unidos,

Pues bien —dice Vivas— «como viejo ex izquierdista sé tan bien como cualquier otro que haya vivido en los Estados Unidos tanto tiempo como yo y que haya mantenido los ojos y los oídos bien abiertos, que el país no es perfecto: tiene muchos defectos serios. Sus males son reales.» Pero nadie sabe hoy con certeza qué cantidad de esos males pueden ser atribuidos, no al sistema social sino a nuestra condición de seres humanos. Y tampoco sus virtudes «me convierten en un ciego defensor».

Hace seguidamente el autor un cuadro objetivo de los defectos del sistema norteamericano, lo cual le da más autoridad para combatir después a sus destructores sistemáticos como Marcuse que nada bueno encuentran en un país y en un sistema al cual fueron voluntariamente huyendo de otro que creían peor y dentro del cual pueden expresarse con una libertad que ya quisieran para sí otros países y otros sistemas democráticos voceadores de la libertad. Que piense Marcuse si viviendo en cualquier otro país podría, como él lo hace, hablar y criticar despiadadamente esa «odiosa sociedad» que le ha cobijado, a ese poder político que le ha proporcionado la tribuna universitaria para sus enseñanzas libremente profesadas, y no le ha prohibido que en el propio *campus* universitario y en la calle haya combatido a esa sociedad y a ese país. Marcuse, en los últimos años, ha dado pruebas convincentes de que no respeta en absoluto el proceso democrático, pues que sus objetivos son diametralmente opuestos a los ideales y valores de la mayoría. Y no tiene nada constructivo que ofrecer en lugar de lo que querría destruir. Todo lo que hacen —él y los «termites intelectuales» que comparten el odio de Marcuse a la nación— «es roer los valores y las virtudes que hicieron ricos y poderosos a los Estados Unidos y les han permitido ofrecer una buena vida a sus ciudadanos». De la cual —añadimos nosotros— no ha querido «liberarse» y de la cual disfruta Marcuse.

Una crítica objetiva señalaría los defectos y reconocería los logros más elevados. No se anulan mutuamente. Pero para hacer el balance se necesitaría un hombre «mucho más sabio que ninguno de nuestros nihilistas, un hombre mucho más pacífico, mucho más humilde ante los hechos, menos dogmático, mucho más capaz de percibir los matices, mucho más caritativo, mucho más conocedor de la historia universal y de la historia de Occidente».

Si Marcuse fuera objetivo, si se expresara sin rencor, sino exagerara y, sobre todo, si pudiera especificar concretamente cuál es la dominación de la que supone somos víctimas, su obra tendría un peso mayor de verdad. Pero, por supuesto, no llegaría a ser la biblia de los nuevos nihilistas.

Pero a Marcuse, según Vivas, «no le interesan los graves defectos» que el propio Vivas reconoce y enumera. Acusa a los Estados Unidos de ser una nación agresiva y deplora el hecho de que no triunfara el golpe de los

comunistas en Indonesia. Declara que el principio básico de su pensamiento es la tolerancia, pero propugna ésta hacia la izquierda, e incita a la represión más violenta contra la derecha. Lo que preocupa a Marcuse es la convicción de que somos víctimas de una dominación deliberada y la compara con una vaga noción de libertad que nunca concuerda con las realidades de la vida en sociedad. El defecto principal de su crítica —dice Vivas— es que «está hecha de acuerdo con criterios abstractos, futuristas, desprovistos de perspectivas históricas. Si hubiera sido menos especulativo y más concreto, habría tenido que hacer comparaciones que le habrían obligado, a su vez, a atemperar sus expresiones. Marcuse juzga nuestro presente. No advierte ningún progreso en humanización, no admite que la vida que vivimos es mejor que la de nuestros antecesores. «Es un absolutista que mide nuestra sociedad no por lo que ha sido, es y trata de ser, sino por medio de una abstracción». La alternativa que propone Marcuse comprende dos partes: para el individuo «un hedonismo incierto que nos llevaría de vuelta al estudio pregenital del desarrollo, no a alguna de las etapas previas delimitadas por Freud, sino a un hieratismo polimorfo». Para la sociedad, «un socialismo igualmente incierto en el que la dominación habría sido eliminada y los hombres serían libres para jugar y desplegar como se les antojara».

Las objeciones y críticas del autor «contra Marcuse» no se originan simplemente en sus «acusaciones falsas, sus condenas artificiales y la absoluta irresponsabilidad de sus objetivos, sino en el temple expresado en sus páginas». Marcuse, según Vivas, es «arrogante, no admite discusiones, es despótico, presumido, expresa la certeza absoluta del que está en posesión completa de la verdad, en posesión de una convicción de que únicamente los malvados pueden estar en desacuerdo con lo que él afirma. Esto equivale a decir que «no es ni filósofo ni científico social, sino un energúmeno intelectual». Y un hombre así de mente cerrada «no puede enseñar en el Departamento de Filosofía o de Ciencias Sociales de una Universidad». Un hombre así «no tiene derecho a estar en una Universidad».

Pero lo que verdaderamente indigna y subleva a Vivas es la aparición en nuestra sociedad de hombres «eruditos e inteligentes que son monstruos de impiedad y que están usando sus poderes para destruir las fuentes de su existencia». Por eso arremete en este libro contra Marcuse y los que, como él, son «termites intelectuales doctorados, medio calvos, bien alimentados, que ocupan posiciones influyentes en Universidades, Iglesias, periódicos, radio y televisión, y que roen los cimientos de la sociedad».

¿Por qué, entonces —se pregunta Vivas—, los profesores que lo defienden no escatiman esfuerzo por proteger su derecho a destruir el mundo? O bien —dice—, porque no ven lo que está tratando de hacer o porque

simpatizan con lo que hace. O quizá porque no les importa. O por todas estas razones juntas. Si hay una cuarta alternativa, estimado lector, agrégala tú.

Y termina Vivas sentenciando: «Los hombres que defienden a Marcuse deberían ser procesados. Son irresponsables o están corrompidos».

EMILIO SERRANO VILLAFANE

JOACHIM FEST: *Hitler*. 1.ª edición. Vol. 1.º: «Juventud y conquista del poder»; Vol. 2.º: «El Führer». Colección Historia Contemporánea. Editorial Noguer. Marzo 1974: 485 y 502 págs.

La presente obra venía precedida de gran renombre, hasta el punto que desde el momento de su publicación muchos la consideraron como la definitiva sobre la biografía y el significado histórico del personaje: tanto se habló sobre ella que al año siguiente se hizo la versión castellana que ahora hemos leído, lo que es algo bastante excepcional, considerando las dificultades que el alemán ha ofrecido siempre a nuestros paisanos y el volumen de la misma obra, sin embargo se han superado prontamente, y la traducción española puede estimarse bastante digna, por lo que desde aquí enviamos nuestra felicitación a su autor.

Sin embargo, a pesar de las múltiples críticas y comentarios surgidos sobre todo en Alemania federal, así como de su pronta aparición en el mercado español del libro, no hemos encontrado comentario alguno, al menos, de aquel que estimamos merece la presente obra. Es difícil averiguar las causas, aunque desde nuestro ángulo, creemos que lo fundamental está en la clásica postura de nuestros congéneres, de llevarse por las modas y el tiempo lo que el profesor Murillo Ferrol (1) ha calificado de «óptica de la situación»: como ahora se lleva una determinada corriente de opinión, no puede hablarse de cualquier otra, mas cuando ésta es de sentido tan «ultraconservadora» como lo que aquí se enjuicia, cayendo en un error gravísimo, pues se ayuda a consolidar un ambiente de total ignorancia sobre el transfondo de los hechos y sucesos políticos, alimentado, por una parte, por ese descompromiso de nuestros politólogos y constitucionalistas sobre los aspectos más candentes de la realidad (2) y, por otra, por ese desinterés de la masa o, si se quiere, de la

(1) Tal como se analiza en su clarividente aportación a la obra colectiva: *La España de los años 70*, vol. III: «El Estado y la política», vol. 11, titulada, «Las actitudes políticas», págs. 541-561.

(2) Recientemente hemos leído críticas sobre este «descompromiso»; ver J. A. SANTA-MARÍA PASTOR en su crítica en la RAP, núm. 75, al libro de CASTELLS sobre el pasaporte y su regulación jurídica en España y en el Derecho comparado.

mayoría silenciosa (compuesta por todos los demás, excluidos los del anterior grupo). Nos da pena comprobar esta falta de interés por épocas muy próximas, sobre cuyo conocimiento imprescindible no nos cansaremos de insistir por si se quiere practicar alguna vez aquello de que la Historia es maestra del futuro.

El primer rasgo de la obra es su objetividad; frente a los odios de tirios y troyanos que aún sigue produciendo el personaje biográfico, el autor se esfuerza y lo consigue que todo sea sopesado y analizado al detalle, imputando las culpas al verdadero responsable, sea una clase social, un grupo o incluso toda una nación que se dejó arrastrar al infierno nazi. En unas páginas sumamente esclarecedoras, como son las que se suceden desde la página 317 y siguientes en orden al tema siempre apasionante de fijar la jerarquía de responsabilidades en la caída colectiva de todo un pueblo hacia las profundidades abismales del totalitarismo, del antisemitismo y del racismo más extremosos: en dichas páginas es en donde se delimita claramente la inmensa culpa de una sociedad que nada hizo por atajar ni el descenso ni la caída: antes bien, al contrario, se dedicó a alimentar y consagrar un movimiento calificado como salvador, sin dejar de ver en él un instrumento que llegado el caso podía ser fácilmente controlado (3). Gracias a este cuadro, el nazismo queda social y, por tanto, causalmente enmarcado, porque ni fue fruto de una espontaneidad natural ni de tan corta duración como para no averiguar el porqué de su duración y mantenimiento. Resulta impresionante hoy la lectura de este retrato de causas concurrentes en la entronización y encumbramiento de un movimiento político, ayudado por numerosas fuerzas sociales —entre otros, por elementos cultos y aristocráticos— que lentamente fueron permitiendo la victoria de uno de los más extremos totalitarismos. Incluso el autor destaca la generalidad táctica de un hombre que no hizo, al parecer, más que irse aprovechando de las oportunidades que sucesivamente se le iban presentando, dado que al señalar la debilidad intelectual de su programa político, paralelamente subraya la importancia de una manera de ser utilitaria que se apodera de todo lo que el contorno sociopolítico le iba dando; sobresale así un estrategia del oportunismo político que mueve todos los peones en logro del primordial.

(3) Esta visión ha llegado a ser la generalizada en la totalidad de las interpretaciones más actuales sobre la ascensión al poder del nazismo; la idea de que los nazis podrían ser fácilmente controlados una vez que se les hubiera entregado el poder, pensando que era lo único que buscaban, parecía estar a la orden del día, en una sociedad de grandes negocios, que veía como uno más, la posibilidad de satisfacer a los excesivamente impetuosos nazis.

objetivo del político: el poder. Alianzas, expulsiones, cambios de dirección (4), que no desmerece a pesar de sus orígenes, sobre los que él mismo tanto vuelve así en sus momentos más gloriosos, como prueba tanto de su providencialismo como de su valor, a la manera de un *selfmade-man* que tiene a gala citar su humilde cuna para así revalorizar más todos sus méritos y ascensos.

Todo, desde sus discutidos orígenes —su condición de hijo ilegítimo— hasta sus pasos por las etapas más oscuras (inmediatamente cercanas a la primera guerra mundial), así como el extraordinariamente complejo marco que le envuelve (5), se nos expone con orden y claridad. Lo que es sorprendente es la comprobación de la veracidad de ciertas tesis sobre predestinación y fatalismo-psicológicos: nacido de condición humilde, su actitud altiva ya se manifiesta desde la más temprana edad (como se ve en sus fotos escolares) y que le mantendrá imperturbable en todos los reveses de fortuna que se suceden en su vida, como en la vida de cualquier otro hombre (6). Sus fracasos escalonados en los distintos campos en los que inicia su actividad se oscurecen y hasta desaparecen cuando se le presenta la primera oportunidad para el ejercicio de su voluntad: las batallas de la primera guerra mundial en donde ya su presencia tenía cierto valor mítico para los compañeros que tenían por salvada y segura su vida, siempre que Hitler estuviera con ellos (influjo casi mágico que tanto se ejerció a lo largo de su vida, aun en los momentos más extremos:

(4) Recuérdese la denominación del nazismo: «nacional-socialismo», con una acentuación primera del último aspecto, que se borra cuando el partido está al borde de hacerse con el poder (crisis de los hermanos Strasser) pero que venía haciendo agua, a medida que deja de ser lo que había sido (el partido de obreros alemanes), para ser un partido político de los grandes barones de la industria y el capitalismo alemán. El tan archicommentado respaldo económico de los más poderosos grupos económicos alemanes a Hitler, no por más sabido deja de ser sorprendente al ciudadano corriente, que olvida la coherencia lógica sobre la que se montaba, del mismo modo a como hoy vemos el apoyo de ciertos grupos financieros al mantenimiento de ciertos focos conflictivos o bélicos.

(5) En España aún ignoramos mucho de una de las etapas más espléndidas de la vida y creación alemanas, reflejadas en todos los campos (expresionismo en el cine y en las demás bellas artes), de una belleza sublime, con una inmensa e intensa proliferación de cabezas notables. Desde esta perspectiva de etapa brillante de la cultura alemana, durante los años 20, había base para juzgar al totalitarismo nazi, como un fruto más de dicha cultura, que en el plano político ya venía marcada por unas pautas de autoritarismo tan visibles en la Administración prusiana.

(6) El personaje no deja de hacer bastante real la filosofía de un Schopenhauer o de un Nietzsche, aquella filosofía que ponía, por encima de todo, la voluntad (incluso en alguna ocasión se creyó personificación de tal voluntad). Por lo demás, en su tiempo, casi todos los hombres hacían expresión de gran voluntarismo: venceremos, despierta Alemania, no pasarán...; son manifestaciones en donde la voluntad alcanza tintes numantinos.

de hundimiento del III Reich o en aquellos otros calificados por Brecht, de «terror y miseria»): Para cualquier lector honrado, la evolución de una vida como la del biografiado no puede ser más misteriosa —y el autor, Fest, reconoce esas circunstancias misteriosas sin las cuales son inexplicables el por qué un sujeto sin origen legal asciende al más supremo y absoluto mando de una comunidad de millones de hombres y hasta caudillo militar, como otro Napoleón, de ilustres generales y militares de carrera—. A lo largo de sus páginas, Fest se esfuerza por aprehender eso que hay de inexplicable en la vida de Hitler, un hombre que sin carrera y fracasado, poco a poco, va edificando un mundo de seguidores, hasta llegar a intentar convertir su mundo en el «otro mundo» que le rodeaba, y aun sin confesar su naturaleza de superhombre, va reiterando y declarando esas distintas cualidades configuradoras de un carácter y de una personalidad que por rechazable que sea moral, intelectual o políticamente, no es posible marginar. (Lo que no podremos saber es lo que de haber forzado, de construcción humana y voluntaria, en estos personajes que tan bien se nos ofrecen como estatuas de voluntad y decisión.)

Fest atribuye este voluntarismo hitleriano al fanatismo, haciendo suya una conocida cita de Nietzsche: «El fanatismo constituye en realidad la única fuerza de voluntad a la que también pueden ser conducidos los débiles y los inseguros, y es verdad que dicho fanatismo aparece desde el primer momento y se mantendrá hasta el último momento (7); un fanatismo montado en torno a unas pocas y escasas ideas, que se harán tanto más dramáticas, cuanto más trágicas serán las circunstancias. Hay toda una atmósfera de sueños y de magia que envuelven toda una vida, y por reacción a una época, un país, un pueblo, en donde las vibraciones y la fuerte ebullición e intensidad de unas vidas, nos hacen dudar sobre la realidad de lo que en ella sucede, hasta el punto de que creemos en muchas ocasiones que asistimos a la exhibición de un filme expressionista, como si se tratara de un doctor Caligari, cuyos trucos vemos pero no confesamos. Es una atmósfera de nieblas y grandes decorados, similares a los que imaginamos para el «Cantar de los Nibelungos» o el «Parsifal», pero en ella una voluntad fanática irá sobresaliendo (lo que contribuirá a que para los demás, y aun para nosotros, mucho seguirá como envuelto en las mismas nieblas, como algo inexplicable en términos humanos y racionales). Sentimientos frustrados, sensaciones vividas, graves quebrantos en las conductas y en las

(7) Si ya tanto SANTO TOMÁS DE AQUINO indicara que no hay peor sabio ni persona más ignorante que la lectora de un solo libro, había que decir, ampliándolo, que no hay peor idea que la que aparece y se mantiene solitaria. Si un libro no elimina la incultura y la ignorancia, tampoco una idea hace un filósofo; aquí es donde reside la gran debilidad del nazismo, reducido a un breve esquema de ideas, cuya fuerza estaba en el fanatismo de su defensa a ultranza.

vidas producidas por la guerra, condujeron a que las gentes despositaran progresivamente su confianza en aquel cuya imagen fría y decidida se imponía por encima de todas las vacilaciones:

«En la conciencia popular había quedado grabada de manera imborrable la impresión popular de que las revoluciones eran algo similar a las fuerzas de la naturaleza, las cuales, sin tener en consideración la voluntad de los actores, seguían estrictamente... sus propias consecuencias y su final previsto era, de manera forzosa, un gobierno de terror, el asesinato y el caos. Esto y no como había indicado Kant, el hecho de que en la revolución del año 1789 se hizo visible la capacidad de la naturaleza humana por superarse... Esta experiencia fue sobre todo en Alemania lo que corrompió, a través de generaciones enteras, toda voluntad revolucionaria práctica y dio lugar al *fanatismo de la tranquilidad*, el cual hasta el año 1918 unía casi todos los llamamientos a la revolución, con las siempre idénticas proclamas en favor del sentido de la tranquilidad y del orden.»

Entre esas circunstancias, la conquista reciente del poder ruso por los soviets fue una de las que más excitaron esa atmósfera fatalista, como si Alemania fuese el próximo paso; la «embriaguez bolchevique» tenía idénticos efectos en todos, pues todos —aun los nazis— creían en una irremediable «tiranía de la Internacional». Llegó a ser visible esta afirmación: «La vida no parece ser otra cosa que el miedo.» El comunismo bolchevique ofrecía refugio al obrero sin dueño, empleado en una gigantesca empresa capitalista, de firma social anónima, frente a él, sólo tenía fuerza un fanatismo voluntarista que menospreciando la realidad anunciaba una superación de los egoísmos personales en la salvación nacional.

Todo lo demás son hechos harto conocidos: es un proceso de socavamiento o vaciamiento del poder institucionalizado, con el recurso a las mismas vías de legalidad ofrecidas por el sistema. Dicho recurso fue lo que sugirió a los gobernantes del momento que Hitler «era uno de los suyos»; de ahí su nombramiento como Canciller y, a los pocos meses, la destrucción «legal» de toda la legalidad anterior ya caduca; la concentración del poder se absolutiza hasta hacer trizas al Parlamento y convertir el principio de caudillaje en el principio fundamental del Derecho primitivo de un régimen que no admitía otra fuente jurídica que una voluntad: la del Führer, renaciendo el viejo apotegma romano, adoptado luego por los defensores del origen divino de los Reyes de que «Sea ley lo que agrada a la voluntad del Príncipe». Cualquiera que fuese la forma que adoptase tal voluntad, era una voluntad inapetible, inaccesible, implacable, es el aparato jurídico que se instaura en 1933 y

que se irá consolidando hasta su destrucción física con la explosión del *bunker* berlinés en 1945. La táctica de Hitler, que se elogia en función de sus éxitos, demostrativa de su defensa del «orden» —lo que siempre atrae a los vividores del sistema establecido— que empezó siendo la de no buscar el conflicto, «sino la conjunción como poder estatal» y que ha sido exactamente descrita como «la revolución con el permiso del señor Presidente», fue la que le abrió las puertas de la ley y del sistema:

«... le habían enseñado (los primeros fracasos de acceso al poder) que la conquista de las modernas configuraciones estatales mediante la utilización de la fuerza era algo prácticamente imposible y que intentar aprisionar con la mano el poder era mucho más fácil y prometedor de éxito, basándose en el juego que la constitución permitía... La revolución nacional... no debe preceder a la ocupación del poder político sino que la conquista de los medios policíacos del Estado constituyen la base primordial para la revolución nacional...» (8).

Con la visión de Fest, el nazismo fue un sistema montado para apoderarse del poder, por los caminos autorizados por éste; su ideología, en base a tal oportunismo era más bien la falta de una ideología:

«... el movimiento por él (Hitler) conducido, no poseía ninguna ideología concreta, sino que se servía de las tendencias y los sentimientos existentes... La infidelidad táctica... no conocía límites y toda su ideología constituía simplemente un embrujo ruidoso y superficial para ocultar una voluntad de poder que sólo y constantemente se quiere a sí misma, y que considera todo exclusivamente como una oportunidad... "No existió, ni existe, un objetivo determinado que no pueda ser abandonado o implantado de nuevo por el nacional-socialismo en beneficio del movimiento".»

Pero lo que queda claro en este aparente cuadro de fáciles oportunidades es que el oportunista fue creado por ellas, y por los que teniendo las posibilidades de su creación, se dedicaron como gobernantes o como clase en el po-

(8) He aquí la causa de las distintas crisis que afectaron al nazismo, a lo largo de su lucha por el poder, que acabaron en sucesos tan trágicos como el de la llamada «Noche de los cuchillos», producidos por quienes entienden la revolución al modo tradicional: «... la revolución era siempre motín y se realizaba en la calle. La revolución moderna, por el contrario, apuntaba preferentemente a los medios burocráticos más que a la viva fuerza, se trataba de un proceso silencioso: los tiros, así podría generalizarse la opinión de Malaparte sobre Hitler, herían el oído.»

der, a darles libertad. Con ello, se dice que el nazismo se debía más que cualquier otro movimiento a lo que los demás le daban o le dejaban hacer, y aunque el autor señala ciertos momentos de una suerte demasiado favorable a sus designios, conviene tener en cuenta aquella definición de un filósofo, asimismo alemán, que tanto gustaba de repetir Ortega y Gasset: «La Historia es una mezcla de azar y de razón.» Por eso, lo que leemos es un gran fresco de una sociedad cuyas culpas y fallos fueron alimentando a aquel topo, oscuro y de escasa calidad, que iba socavando sus cimientos, acaso, porque había llegado a su fin, lo mismo que acabó Roma (símil que tanto gustaba emplear Hitler). Ese sentimiento de culpabilidad que tan latente ha aparecido en la población alemana hasta nuestros días, está del todo justificado cuando vamos convenciéndonos de que por mucho voluntarismo y fanatismo que pueda haber en un individuo, mucho más lo hubo en la misma sociedad que permitió la instauración de tales cualidades en sus gobernantes, o en su gobernante máximo y absoluto: el Führer.

Alcanzado el poder, Hitler seguirá con la misma estrategia, implantando al máximo nivel político, la misma forma de su distribución, creando múltiples centros de autoridad que al rivalizar entre sí, automáticamente quedaban obligados a recurrir a su arbitraje decisorio (9), consagrando en la práctica uno de los nuevos mandatos previstos en la ley de plenos poderes que tortuosamente logró aprobar por el mismo Parlamento, medida con la que éste, asimismo, se eliminaba:

«... con bastante razón el III Reich podría ser denominado como una anarquía dirigida de forma autoritaria. Los ministros, comisarios, encargados especiales, funcionarios, gobernadores... con unas jurisdicciones poco claras... formaban una maraña laberíntica de competencias, que sólo era dominada, supervisada y equilibrada por Hitler. En este caso de jurisdicciones debe buscarse una de las razones por las cuales el régimen se hallaba tan fuertemente ligado a la persona de Hitler... *En contradicción con la creencia popular, la cual daba en los sistemas autoritarios la fuerza de decisión y la energía para imponerse, es precisamente su mayor aproximación al caos lo que les dis-*

(9) Lo que parece ser una característica de los regímenes autoritarios, de fuerte matiz personal, puede verse sobre ellos, que no hacen más que aplicar en el plano interno, la vieja máxima del «divide y vencerás», el trabajo de J. J. LINZ: «Una teoría del régimen autoritario», inserto en *La España de los 70*, vol. III, tomo primero, páginas 1467 y sigs.

tingue de otras formas de organización estatal, con el fin de ocultar tras de fachadas grandiosas la confusión motivada por la propia técnica de la dominación» (10).

Situación similar, por su confusión y ambigüedad, a la que era imputable al plano ideológico, y que prueba el más fuerte arbitrio jurídico, en el que el Derecho pierde todo su significado y específicamente aquel principio o razón de ser, la estabilidad y seguridad. Todo se remitía, en última instancia, a la voluntad del Führer, que inmediatamente se traslucía en todas las esferas de la vida social, porque tal voluntad era simultáneamente voluntad de la persona física y expresión del más alto órgano público, pero tal conmixción repercutía en el ámbito de las relaciones privadas de los demás miembros de la comunidad, entre sí y frente a ella, insertándose un tipo de vinculación que era tanto más afectiva y psicológica que jurídica y objetiva (ver, infra, nota 16):

«... en realidad (Hitler) había redescubierto aquella verdad perdida de que las personas sienten siempre un ansia por adherirse a algo... y que la oportunidad de autoinmolarse es con frecuencia mucho más importante y decisiva que el sueño de libertad.»

El Estado era simplemente un hombre, una voluntad, sin más límite que su capricho:

«... incluso en la realización del Estado totalitario apenas superó los primeros y balbucientes pasos: antes Behemoth que Leviatán, como formuló Franz Neumann, el no-Estado, el caos manipulado... que, sin embargo, sigue Estado... No le interesaban cómo podían ser ordenadas las estructuras sociales y políticas... Como consecuencia de ello, el III Reich se desarrolló en una circunstancia inacabada y provisional, un campo de ruinas cruzado y entrenzado por proyectos, en los que aisladas fachadas del pasado ocultaban cimientos recientes, que a su vez estaban repletos de paredes iniciadas, de cosas derruidas y notas, pero que poseían un sentido y una consecuencia consideradas desde un único punto de vista: la monstruosa voluntad de poder y acción de Hitler.»

(10) Las cursivas no son del original: una situación parecida pudo darse en nuestro país, a comienzo de los 40, como se deduce de J. M. PEMÁN: «Documentos», en la revista *Mundo*, núm. 1.818, 8 de marzo de 1975, págs. 30-35.

El mismo Hitler lo formulaba de manera clara, para que no hubiera equívocos, y que confirma el enorme voluntarismo con que se vieron envueltas todas las relaciones :

«¿Qué significado tiene ordenar a las personas bajo una disciplina férrea y de la cuál no pueden escaparse? Por mí: que posean sus tierras y sus fábricas, tantas como quieran. Lo decisivo es que el Estado, a través del partido dispone de ellas, independientemente de que sean propietarios o trabajadores. Nuestro socialismo... no modifica el orden externo de las cosas, sino que ordena únicamente la relación de las personas para con el Estado... ¿Qué importancia tiene entonces la propiedad o los ingresos económicos?... No, *nosotros socializamos "las personas"*.»

Estas eran las bases del nuevo sistema; frente a él se levantaba todo un pasado, representado en unas estructuras de orden y jerarquía, nobiliarias y de sangre, que iban a ser arrastradas por lo que no admitía más que la pura fuerza. No es de extrañar que cayera uno de los más poderosos mitos: el de la Administración prusiana, como signo externo de una estructura social y política. Acaso, así se demostraba la equivocidad y falacia de una máxima de Goethe que a tantos ha gustado repetir; aquella máxima que planteaba como alternativa el orden y la justicia. O una cosa u otra, pero no las dos a la vez; al indicarse una sociedad por el orden mecánicamente elegía como acompañante la injusticia.

A juicio de Fest, uno de los frutos del nazismo y, por tanto, de la obra de Hitler, es el de la supresión del «prusianismo» en todos los órdenes de la vida alemana, pero, principalmente, en las esferas más altas de la sociedad, la política, el gobierno y la Administración germánicos, hasta el punto de que lo que había constituido el núcleo original del Estado alemán, aquella región, Prusia, de donde partió todo el primer esfuerzo unificador de unos territorios sobre los que el Führer quiso construir el centro de un «nuevo orden» mundial y antes, continental, permaneció en sus distintas manifestaciones particularmente a través del Ejército (11) como un foco rebelde dentro del citado movimiento. El orgullo, dureza y clasismo elitista, que se predicó de lo prusiano y lo noble teutónico permaneció —más exacerbado si cabe, después de la primera guerra mundial— tuvo un eco, en su expresión racial más agresiva, en un movimiento de protesta que por serlo se expandió fácilmente entre aquellas clases que luchaban más por el problema de su subsistencia, origi-

(11) Recuérdese la identidad que incluso entre nosotros se hace de lo «prusiano», como expresión de una actividad altiva, orgullosa, dura y rígida.

nando así un conglomerado de fuerzas y tensiones que fueron las que contribuyeron al levantamiento del mito del caudillaje en el que tanto peso tuvo el azar del nacimiento modesto de su personificador que nunca perdonaría el verse privado de los atributos de sangre y nobleza propias de los «prusianos». De aquí procede su odio frente a los representantes que le llevó a suprimir todo «prusianismo» en el sentido elitista y clasista, en todos los órganos de algún poder e influencia dentro del III Reich. Con el nazismo, primero con su victoria, y después, con su derrota, se pone fin a un Estado, una Administración, prusianos (12), que nacieron, desarrollaron y pretendieron ser la expresión más fiel de una forma política que a principios de este siglo ya fue calificado de «imperialista»: gracias a lo prusiano, Alemania, la Alemania que no había olvidado ser la Alemania de Bismarck, la que se beneficiaba del máximo calificativo de su primer y gran Canciller, el «Canciller de Hierro», no olvidó la humillación de que había sido objeto al finalizar el primer conflicto bélico universal, por lo que ya desde el momento de firmar su rendición incondicional, se juró resurgir de la ruina como el Ave Fénix, y los que menos lo olvidaron fueron aquellas clases, aquellos militares, aquellos jóvenes *junkers* prusianos que creían poseer, por sangre y herencia, un símbolo talismánico de validez nacional y universal, permanente aspirantes a Reyes y poderosos por encima de todos y que en el fondo luchaban por darse una revancha frente a aquel ancestral caudillo francés, Carlomagno, que en su siglo se había esforzado por cerrar la Vieja Marca (*Ostmark*) (13). El autor insiste

(12) El diario de GOEBBELS (publicado en España por la Ed. Plaza y Janés, en su colección «Libro-documentos», núm. 14, traducción de EDUARDO DE GUZMÁN, Barcelona, 1967) recoge alguna de tales manifestaciones señalando cómo Hitler era enemigo a cualquier nombramiento para un alto cargo a favor de algún miembro de la nobleza: «... El Führer no quiere ver a ningún miembro de la nobleza en los cargos importantes del Reich y del partido... Los individuos con relaciones clericales o aristocráticas no son los adecuados para los puestos directivos de la vida pública...» (página 357). Es revelador cómo la última de las conspiraciones contra la vida de Hitler, cobijada bajo el título «Operación Walkiria» (nombre del libro a ella dedicado, monográficamente por JAMES FORMAN, publicado en Dopesa, 1974, en su Colección NN, número 8), es el resultado de una reacción de los militares nobles, de aquellos aristócratas a los que Hitler se refería con total desprecio; dicha conspiración fue, pues, la última reacción de la nobleza para evitar su desaparición como clase: su fracaso representó su desaparición como clase o estamento.

(13) Es sumamente revelador cómo merced a su destrucción por el nazismo ha desaparecido de Alemania esa visión de superioridad y de guía que tuvo vigencia durante este siglo hasta la terrible derrota de 1945. Es revelador y curioso cómo después de tal derrota, a pesar de su similitud con la de 1918, no ha nacido ningún sentimiento revanchista ni, lo que es más importante, ninguna tentativa de caudillaje frente y sobre las demás potencias, haciendo alarde continuo tanto de sus deseos democráticos como

en la importancia de tal supresión, como uno de los puntos positivos dentro de un régimen total de destrucción, indirectamente, en tal terreno, lo coloca junto a algún otro movimiento histórico anterior, de significado rebelde frente a la situación actual, como fue, por ejemplo, la *Comuna* francesa :

«Lo que en ningún caso pretendió (el nacional-socialismo) fue la restauración del antiguo Estado industrial de los privilegios y todos los enmascaramientos no deben permitirse se enturbie la visión de que él —en contradicción con su exigencia de reinstaurar el pasado alemán, su honor... su aristocracia— *empujó al país con una fuerza radical hacia la actualidad*, cortando de una vez para siempre todos los caminos que conducían de regreso a aquel pasado antiautoritario que el temperamento conservador alemán había mantenido abiertos por encima de todas las transformaciones sociales. Paradójicamente, con él llegó en Alemania, a su fin, el siglo XIX. Por muy anacrónico que pareciese siempre Hitler, él era más moderno o, por lo menos, más decidido por el modernismo que todos sus adversarios en la política interior...»

De acuerdo con Fest, Hitler condujo a Alemania, principalmente a las que había sido sus clases rectoras (14), a enfrentarse con un mundo distinto: acostumbrado el alemán, tan filósofo siempre él, al discurso íntimo, brillante, con Hitler tuvo que salir a la palestra, y si alguna importancia tuvo la experiencia —de los que todos las demás podemos sacar las adecuadas conclusiones ahora que tanto se habla de la «mayoría silenciosa»— en que demostró que nada es vergonzoso y que si no queremos vernos dominados, es preciso que opi-

de su falta de interés por alzarse con ningún estandarte directivo... a pesar de los comentarios en torno a su fortaleza económica, como si un gigante económico tuviera que ser forzosamente también un «gigante político»; comentarios hechos por tanto espíritu venenoso, partidario, sin duda alguna, de otra nueva guerra. Sobre esta vigente visión germana, de ser una nación como las restantes sin papel alguno que desempeñar —por supuesto ninguno mesiánico ni mitológico— es de interés leer el artículo de JOSÉ PLÁ titulado «Memoria: por el ojo de la cerradura», publicado en la revista *Destino*, núm. 1.954, 5 de marzo de 1975.

(14) Basta con pensar en Luis II de Baviera para que nos demos cuenta del *apartheid* en que tales clases venían funcionando, separadas de una realidad, llenas de visiones fantásticas, encantadoras, en donde no era la realidad la que se imponía, sino que frente a todo método, se buscaba sojuzgarla: hasta los Reyes olvidaban sus Parla-mentos y Gobiernos para refugiarse en las torres de marfil de sus castillos encantados.

nemos y participemos en la «cosa pública», que muchos aspectos deleznable puede ofrecer, pero que serán menos mientras sean más los que los conozcan y participen (15):

«Todo el catálogo de valores, como III Reich, comunidad del pueblo, Führer, destino o grandeza, se hallaba mucho más seguro de una amplia acogida, por cuanto demostraba una negativa a la política, al mundo de los partidos y de los parlamentos, de las triquiñuelas y de los compromisos. Pocas cosas han sido aceptadas de forma más espontánea y comprendidas como la inclinación de Hitler por pensar heroicamente, en lugar de políticamente, trágicamente en lugar de socialmente, situando en el lugar ocupado por los intereses comunes impresionantes sucedáneos míticos. De Richard Wagner se ha dicho que compuso música para aquellos a los que no agradaba la música; en idéntico sentido puede complementarse: "y Hitler, política para los apolíticos".»

En definitiva, si luego el sistema se hundió es porque su personalización había alcanzado el más alto nivel, punto éste que el autor subraya para abogar por la práctica desaparición del nazismo e incluso la imposibilidad de una posible y futura reaparición por cuanto el nazismo fue Hitler, por lo que desaparecido el jefe, desaparecido el movimiento (16) con ello, intenta refor-

(15) Frecuentemente se olvida aquello de que si nosotros no nos gobernamos, otros lo harán por nosotros: frecuentemente el ciudadano orilla lo político, como si con no hablar de la política, él no viviera la política, cuando bastara con que abriera un poco los ojos... de la mente para darse cuenta de que vive dentro de un sistema político. Por esto, nos ha gustado el preliminar del artículo de G. M. MARTÍN OVIEDO publicado en el diario *Informaciones* del 26 de marzo de 1975, titulado «¿Reformar las leyes Fundamentales?», ya que para justificar su intervención pública sobre tema tan dilatado, estima suficiente su condición ciudadana, que le habilita, con plenos derechos, para dar su opinión.

(16) El diario, ya citado, de GOEBBELS, está lleno de expresiones «divinas» sobre Hitler, como si el autor fuera el más humilde de todos sus siervos. En esta visión pudo tener influencia notable el mismo pasado histórico del pueblo alemán, en donde si bien la *Sippe* pudo ser un glorioso precedente de la comunidad de nuestros días, también lo es que instituciones como la *devotio*, reflejaban ya esa sumisión total del vasallo, a la vida del jefe; de imágenes y metáforas inspiradas en esta vieja institución medieval germánica están llenas de las páginas del diario citado de GOEBBELS; véase VIKTOR REIMANN: *Goebbels y el III Reich*, Ed. Noguer, Col. Historia Contemporánea, Barcelona, 1973. Sin embargo, la siempre clásica obra de DIETRICH BRACHER: *La dictadura alemana* (Alianza Tres, España, 2 vols., 1974), cree todo lo contrario, como si el nazismo fuera un rescoldo que en cualquier momento puede reaparecer.

zar los mecanismos democráticos, como probando la falta de entidad intelectual y racional de movimientos similares que sólo pueden tener su base en las multiplicadas renunciadas de los que por deber tendrían que acudir a un ejercicio más usual de la razón con que Dios les dotó para distinguirles dentro del reino animal. Fest nos da cierta confianza ante el futuro, después de su clarividente análisis de una de las etapas más aberrantes de la historia de la Humanidad, en la que tanto se recurrió a la fuerza, a la arbitrariedad y al poder más tiránico para justificar lo más injustificable: la total sumisión de la persona al Estado.

A pesar de su extensión al final continuamos con las mismas dudas, pues la razón, nuestra modesta razón, se niega remitirse a poderes maléficos, demoníacos o mágicos para explicar la sumisión y hasta abyección de millones de personas a la voluntad de un solo hombre. Hay sucesos humanos e históricos para los que no parece encontrarse razón decisiva y aclaratoria, y éste parece ser el caso del personaje biografiado.

VALENTÍN R. VÁZQUEZ DE PRADA

LEO GABRIEL: *Filosofía de la existencia. Diálogo de posiciones*. Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid, 1973; 352 págs.

El título de la edición original es *Existenzphilosophie*, y el libro expone *in extenso*, principal aunque no únicamente, la filosofía de las cuatro grandes figuras del existencialismo: Kierkegaard, Heidegger, Jaspers y Sartre, y lo hace en un análisis comparativo, en un diálogo de posiciones, como dice la traducción española, respecto al pensar y al ser, centrado en la verdad y realidad del hombre. Es la búsqueda del fundamento del existir: el «origen» en Kierkegaard y Jaspers, el «fundamento del fundamento» en Heidegger y la «existencia» creativa en Sartre. Porque el fundamento originario (*Urgrund*) es auténtico fundamento y razón de la verdad. Es el principio de la filosofía, que ha empezado, en efecto, históricamente con la exploración del «arché» como fundamento y principio, del fondo del mundo.

El autor, Leo Gabriel, profesor de la Universidad de Viena y presidente de la Asociación Internacional de las Sociedades de Filosofía, analiza en este libro que presentamos las posiciones esenciales del pensamiento existencialista en sus más destacados representantes (Kierkegaard, Jaspers, Heidegger, Sartre, Marcel, Camus, Wust, Ebner y Kafka). Por eso se añade como subtítulo en la traducción española «Diálogo de las posiciones».

Eso es lo que vamos a hacer nosotros en la presente recensión. Más que

exponer la doctrina de la «existencia» en Kierkegaard, la «comprensión del ser» en Heidegger, el «ser en mismidad» de Jaspers, o el «hacerse del hombre» en Sartre, lo que alargaría desmesuradamente esta reseña, nos limitaremos a un breve «diálogo de las posiciones» de esos autores, según son interpretadas por Leo Gabriel.

Empieza el autor afirmando que hay que partir de Kierkegaard: «la exposición histórico-sistemática del pensamiento existencial, en su desarrollo actual, debe empezar con Sören Kierkegaard, como punto de arranque de la filosofía de la existencia». Kierkegaard, que se llamó a sí mismo un «escritor religioso», revela constantemente el talante religioso de su pensar. Licenciado en teología, él, que había recibido una rigurosa educación religiosa pietista, mantuvo su predicación evangélica en Copenhague, aun cuando nunca asumió una prebenda eclesiástica, es más, la exigencia personal de interioridad, de «soledad» radical y de su realización concreta en la existencia religiosa puso a Kierkegaard en oposición al protestantismo oficial e institucional porque, según él, no respondía al encargo de Cristo ni en la doctrina ni en el ejercicio a causa de su exteriorización esencial.

La entrega de Kierkegaard, sin compromiso, a la conocida verdad propia y auténtica de lo cristiano le condujo a fuerte conflicto y, por último, a ruptura con su Iglesia, y, sobre todo, impregnó su doctrina toda sobre la «existencia». La imagen del hombre según el pensamiento de la teología protestante del pecado original dan el diseño, múltiple en contenido y típico en estilo, del paisaje espiritual de su pensamiento. La peculiaridad de esta imagen del hombre consiste en la completa destrucción de la humanidad natural, del *homo naturalis*, y su rehabilitación renovada desde la raíz —*ex radice*— de una *nova creatio*. Este agudizamiento radical en la fundamentación de una existencia sobrenatural, trascendente, frente a la configuración natural destruida por el pecado, es —según Leo Gabriel— el núcleo de la dialéctica del ser humano en Kierkegaard. La plenitud del hombre y de su existir religioso está en el pensar y vivir personal de cada cual, y la culminación real de la trascendencia está en la interioridad del propio ser por sí mismo. La consistencia del hombre no se agota objetivándose en lo temporal e histórico, como dice Hegel, porque es una realidad espiritual y el espíritu no se deja «arrojar» en la historia porque existe concretamente como ser personal y en cuanto espíritu sobrepasa los planos empíricos de la naturaleza y de la historia. La existencia espiritual es paradoja porque une en la realidad lo que se contradice lógicamente dentro del pensamiento racional, y esto en el área de su existencia religiosa. En ella se encuentra el «hombre en su contradicción», lo finito e infinito, lo humano y lo divino. En cuanto existencia, el hombre plenamente es sí mismo, en la esencia es él enteramente de Dios. Separado

de Dios, cae en su existencia su esencia, y él pasa a un fluir de fenómenos que se pierde en la nada, en algo inesencial. Kierkegaard pone de relieve la nada como categoría antropológica de la existencia.

En Jaspers la existencia connota sólo un puro estar abierto hacia la trascendencia; pero nunca su concreta actualización por una decisión en pro de un contenido religioso definido, como la existencia cristiana, en Kierkegaard. La realidad decisiva del hombre es, según Jaspers, la moral-autónoma y, sócráticamente, la actualización de la mismidad que se autoconoce en la libertad de la decisión. El hecho de que yo, por libre decisión («me» decida y pueda ser mismamente lo que soy, y que sea lo que yo puedo ser, es el origen de mi realidad como hombre en la existencia, es decir, ésta es mi existencia espiritual, el evento de la encarnación singular dentro de la historia. Fuertemente influido por una honda comprensión de la trascendentalidad de Kant, Jaspers tiende consecuentemente, trascendiendo la polaridad del sujeto-objeto de la conciencia analíticamente reflexionada, gracias al punto de partida original hacia el «ser mismo», inobjetivable, esto es, inquebrantablemente íntegro que para él se hace uno con el «ser sí mismo», con el sujeto concreto en el todo de su existencia.

Por el contrario, Heidegger afirma claramente que el ser sí mismo no coincide con el ser en mismidad, y que el sujeto y su «subjetividad» deben ser superados radicalmente, para captar el ser mismo en su desenvolvimiento, en su verdad, para «percibirlo» por la razón. La existencia humana es relativa al ser en su «estado abierto», que sobrepasa con radicalidad al yo y al objeto. La existencia, para Heidegger, conquista su cualidad ontológica en el punto en que ella es un comportarse comprensivamente en su estado abierto como el ser, no este mismo. En todo caso, una relación relevante («ex-sistencia») con que se «comporta un ente en medio de entes de modo que se la revela siendo».

En la existencia del hombre ve Heidegger la posibilidad ontológica de una comprensión del ser *originaria*. El hombre —en su existencia— no es un ente entre entes, una cosa entre cosas, «en el mundo»; sino que él está en el mundo fuera de todo ente. Esto es, en el relacionamiento mundano-intramundánamente «existe», se revela en el ser, nace en el ex-sistente (*Das Sein*), se «presencializa desveladamente», por lo que puede contemplarse, conocerse. Y el descubrimiento del ente desde el ser revelador, en virtud de su presencialidad, es la verdad del ser (verdad ontológica), es el fundamento último para la verdad del pensar de ser y ente (verdad lógica). Porque el pensar debe «adentrarse» en el ser, mostrado y dirigido por el ente, para que éste concuerde con él verdaderamente.

Es preciso, por tanto, distinguir entre el ente (que está objetivado) y el

ser mismo. Esta distinción es, para Heidegger, la «diferencia ontológica». El intento de hacer fundir el ser en el ente, de implantarlo como objetivamente definido (a fin de fundamentar el sistema del conocimiento), es la metafísica. Por la representación de un ente como fundamento se obstruye el camino para el ser mismo y provoca el olvido del ser. El olvido del ser, el olvido de la distinción entre el ser y el ente. El esfuerzo por mantener firme la diferencia ontológica fundamental entre el ser y el ente y para tener así libre el acceso hacia el ser mismo, es ontología fundamental. Es evidentemente, la ontología no del ente (que está siendo), sino del ser, la cual comprende también la relación del hombre con el ser, que permaneció cerrada a la ontología misma.

El hombre, por su relación al ser, no está atado a un ente, puede comportarse mirando al ser, no está, por lo tanto, forzado a ser; el hombre es libre en su existir relacional al ser; su existencia es la libertad.

La libertad es, para Sartre, el constitutivo mismo del hombre. No que éste sea una «esencia» naturalmente libre; no que el hombre «tenga» o no libertad, sino que el hombre mismo «es» libertad: *l'homme est liberté*, dice en *L'existentialisme est un humanisme*. Esto es, el hombre es «existencia» que «se hace» por la libertad. La absoluta libertad en el ser y el ser en la absoluta libertad es —según expresión de Leo Gabriel— la última palabra de Sartre respecto a la existencia del hombre, quien está «condenado a la libertad».

En efecto, en Sartre, el existir se manifiesta como libertad encarnada en el mundo. «Libertad» es la palabra que se ha hecho carne y habita en y por nosotros en el mundo, no como libertad que nosotros no tenemos, sino como libertad que somos. Porque «el hombre es libre, el hombre es la libertad». Por eso aparece en Sartre la conocida frase de que el hombre «está condenado a la libertad». Libertad en medio del imperativo categórico de ser libre; libertad como destino de soledad en un existir entregado a sí mismo y únicamente responsabilizado ante sí. ¿Qué quedaría de esta libertad, a no ser la soledad humana en el cautiverio con la mismidad, con el *solus ipse*? ¿Dónde queda la libertad para todos, si todos están coafectados y (como acentúa Sartre), por lo tanto, coaligados por la decisión del singular absoluto? Esta es la autoevanescencia dialéctica de la libertad absoluta que desvela su esencia absurda: *l'absolu ou l'absurde* («lo absoluto o lo absurdo»). Esta es la consecuencia de la mismidad absoluta en cuanto creación intramundana del existir. Porque el hombre, en cuanto existencia en libre elección y decisión, es el soberano creador del ser en mismidad del hombre y de su mundo. El

hombre es el creador —*creator sui*—, la omnipotente existencia de la libertad, *l'homme se fait*.

Mientras que Sartre reconoce solamente la «yoidad», a la que él asigna la absolutez creadora en la libertad, Ferdinand Ebner descubrió la realidad del tú, cuyo desconocimiento en Sartre son, en sentido absoluto, catastróficos. Se representan en el «fenómeno de la mirada». El tú se desenmascara en la mirada con el yo extraño. Es el yo contrapuesto a mi yo que intenta captarme en su mirada. Y si lo logra en ese momento, bajo la mirada del yo extraño, me convierto yo mismo en una parte constitutiva de su mundo extraño, en su objeto; yo he pasado a ser objeto y, por consiguiente, ya no soy yo mismo/existente. El tú actúa, pues, como elemento de alienación: existencia del yo como *solus ipse* (ipsación = solipsismo). La relación entre yo y tú es, según Sartre, una relación de yo a yo, por identificación, una relación que, dialécticamente, es un combate a vida o muerte. De ahí que, en el existencialismo ateo de Sartre, no pueda darse tampoco una relación positiva a Dios.

Pero ¿qué pasa —dice Ebner en *Wort und Liebe*— si Dios no es un yo dialécticamente feroz (como dice Sartre), sino un «tú» dialógico en la perspectiva del *logos* personal, cristiano de la palabra y del amor? ¿Qué acaece si la mirada no es odio, sino amor? ¿Y qué si por el lenguaje, por la palabra —que «era en el principio»— se revela un Yo amoroso, se comunica y sale al encuentro a nivel humano en correspondencia al tú humano, «para que todos tengan vida y la tengan en plenitud»? Entonces la palabra y amor fundamentan el ser en el tú. Ante esta mirada divina se desvanece el pesimismo antropológico sartreano del *homo homini lupus*; se diafaniza la diferencia de dialéctica y diálogo, y es la «muerte de dios», un dios que no era Dios.

Esta realidad del tú define el pensamiento de Gabriel Marcel (como asimismo el concepto de comunicación en Jaspers).

El pensamiento de Marcel culmina en el concepto simbólico de «fidelidad», que es «el lugar del ser» y desde la que es preciso «construir la nueva ontología». Porque sólo en la experiencia del tú se abre un propio ser personal. El ser personal es sólo vivenciable en concreto, es presencia, no como objeto; el ser objetivado es abstracto, mero pensamiento, no realidad. De ahí que sea preciso sobre elevarse sobre el ser objetivado —en experiencia trascendente— para llegar al ser efectivo en el relacionamiento personal al tú y en la plena entrega personal. Esto acaece en la fidelidad: «en la fidelidad a sí mismo, a Dios y al hombre» coitinerante.

Peter Wust, en sentir de Leo Gabriel, el único entre los pensadores existenciales que toca directamente el problema de la certeza. Wust persigue la inseguridad y desamparo del existir humano en el plano racional del cono-

cimiento, en el área religiosa de inseguridad de salvación. El conocimiento tiene que estar transido por el respeto ante el ser, ya que aquí radica la verdadera objetividad. Por eso debe estar unido, en el conocimiento, el acto de reflexión con el acto de devoción, con el acto de otorgamiento abierto. Esto significa una dimensión existencial del conocer a partir de un compromiso ético-religioso, al que Kierkegaard prestó atención y que Peter Wust ha «verificado» existencialmente en su vivir personal.

De esta forma —termina Leo Gabriel— el círculo de exposición se cierra con el retorno a Kierkegaard, «que levantó el anhelo afanoso por el origen, origen y abismo de la realidad en la existencia; él ha hecho brotar la filosofía de la existencia», que es el pensar fundamental —desde el principio primordial y desde origen— derivado dialécticamente del planteamiento cartesiano dentro de la filosofía de la actualidad.

Expuesta la doctrina de los demás, el docto profesor vienés termina su libro con una «Consideración final» en la que resume su análisis de la filosofía de la existencia en las siguientes tesis: 1) La filosofía de la existencia es una filosofía del yo, y no de «ello» o del «qué». 2) Es una filosofía del ser, y no de la conciencia. 3) No es una filosofía del ser abstracto, sino del ser concreto del «yo soy» problematizado. ¿Qué tiempo del ser es el «yo soy»? Ciertamente el presente. El presente es —en el «instante»— el presente existencial. La concreción del ser en el existir que es «siempre el mío», tiene, conforme a esto, dos dimensiones. La primera se llama «temporalización» (*Zeitigung*) en el «instante» como «presencializar» (*Anwesen*), y la segunda «singularización en todo caso mía» (*Jemeinigkeit*), en el singular del yo.

No se trata, con todo, de individualismo, ni de un sistema, sino de la realidad del hombre en todo tiempo.

EMILIO SERRANO VILLAFANE